

C E S E D E N .

LA MORAL DEL SOLDADO Y EL CARACTER DEL JEFE

- Por D. Miguel ALONSO BAQUER, Coronel de Infantería DEM, Secretario permanente del IEEE.

Noviembre 1986.

BOLETIN DE INFORMACION nº 196-X.

En el punto de partida del libro de Etica de José -- Luis Aranguren se afirma que "el hombre antes de ponerse a ha-- cer filosofía, tiene una concepción prefilosófica de la realidad. Y antes de abrazar un sistema ético posee unas convicciones mora les, una actitud ética ante la vida".

Este es el caso del hombre de armas, sea un simple - soldado o un conductor de operaciones. No obstante, hay que sa-- ber distinguir entre la ética de la "solidaridad" que se anuncia en la moral del soldado, la ética de la "responsabilidad" donde se configura el carácter del jefe y la ética de la "eficacia" -- (o moral del éxito) en que se abrazan las dos primeras para cons tituirse en ética verdaderamente militar a nivel de los tiempos modernos.

Decía Mariano Vega en su Deontología Militar, -una - obra de síntesis donde se reúne su labor como Capellán de la Aca demia General Militar de Zaragoza en los años cuarenta- que "Eti ca es doctrina o teoría. Moral es conducta o realización del --- bien honesto"

La distinción sirve para comprender que, en princi-- pio, todo ejército bien compuesto, si habla de moral se está re-- firiendo a la moral del soldado y si trata de ética está dibujado so-

bre el inmediato horizonte los rasgos del carácter o personalidad moral del jefe llamado a sostener esa moral primaria en los momentos difíciles.

Estas consideraciones deben ser formuladas en el Punto de Partida que nos encamina al conocimiento de la relación entre los supuestos de la ética militar y los de la religiosidad cristiana, ya que las convicciones morales del soldado en peligro de perecer se presentan superpuestas con la actitud ética ante la vida del hombre inmerso en el trance de tomar las decisiones que podrían salvarle.

Nuestras consideraciones no alcanzarán el nivel de un tratado de ética, -codificación ordenada de principios de conducta- ni el de un informe sociológico, -tabulación de unos hechos o de unas opiniones-, si no el nivel de una reflexión militar sobre el modo de ser del hombre de armas. Nosotros haremos, simplemente, una penetración intelectual, es decir, clarificadora, en lo más elemental del espíritu del hombre que en todo tiempo y circunstancias ha venido a constituirse en soldado de filas o en militar de carrera.

No podemos abandonarnos a la idea de que el modo de ser del hombre de armas le venga dado a unos hombres por naturaleza, -militar de carrera llamado a mandar- y a otros sobreañadido por obligación legal, -soldado de filas-. El modo militar de ser abraza tanto a la moral del soldado como al carácter del jefe. Es algo que en los dos casos se adquiere por hábito, -repetición de actos- se transmite por el ejemplo, -imitación de conductas- y se demuestra como eficiente cada vez que una comunidad de hombres libres presiente como insoportable una situación de inseguridad. No hay un modo de ser soldado antagónico con el modo de ser de quienes ejercen el mando.

Sin embargo, sería ingenuo ocultar que se da una diferencia sustantiva entre la moral del soldado y el carácter del jefe. La moral del soldado sufre los embates de esa conciencia colectiva de inseguridad donde se engendra el espíritu de solidaridad. Es una moral que se exalta y que decae sucesivamente, en función de los sucesos. El carácter del jefe, contrariamente, nace de la pretensión de ser inmune frente a las circunstancias adversas.

La moral del soldado depende de los azares de la existencia de una comunidad políticamente organizada. Es algo que debe medirse. La ética del jefe tiende a quedar escrita en tablas de piedra. Donde la moral acusa sensibilidad suma, la ética se presenta como lapidaria. La moral puede ser -o estar -siendo- en cada momento, alta o baja, buena o mala, ganada o perdida. La ética quiere lograr de una vez por todas una des---

cripción de lo perfecto, de lo superior, de lo permanente, excelso, inmutable o eterno.

El carácter del jefe, a diferencia de la moral inestable del soldado, se nos presenta en la historia de los hombres como el precipitado de una voluntad de continuidad sin fisuras. Todo verdadero jefe, en cualquier circunstancia, ha de poseer las virtudes fijadas de una vez por todas en el libro de la historia como las convenientes para el hombre llamado a mandar. Un peculiar idealismo, perceptible en todas las culturas, impregna el contenido de la ética de la "responsabilidad" del jefe en acusado contraste con el realismo con que suele analizarse el balance ético de la moral del soldado o ética de la "solidaridad".

LA VOLUNTAD DE SERVICIO, PRINCIPIO ORIGINARIO DE LA ETICA MILITAR.

Cuando los colaboradores de Carlos III de España se propusieron el cuidado de la moral de sus soldados no cayeron en la ingenuidad de escribir para los Ejércitos Reales un Tratado de ética, -sistema cerrado de principios con axiomas y corolarios- sino un ramillete de consejos y preceptos a mitad de camino entre lo que llamamos lección y de lo que entendemos por orden, -unas Ordenanzas.

Los tratados de ética son libros de autor. Contrariamente las Reales Ordenanzas reúnen la sabiduría práctica de lo largamente experimentado. Sus redactores, -normalmente anónimos- vivieron cada uno en un siglo diferente. Aparecen juntos -porque alguien ha coronado una recopilación. Por eso los tratados de ética, casi siempre menos sabios que las Ordenanzas, resultan mejor fundamentados, poseen una estructura mejor ordenada y tienen el contenido deudor de la mentalidad de su autor -- que falta en las Ordenanzas. Las Ordenanzas se limitan a caminar derechas hacia una cuestión práctica y ajena a cualquier -- doctrina o filosofía. La primera línea del primer artículo de las Ordenanzas para el soldado de Carlos III lo expresa con -- grandeza... "Desde que sienta su plaza ha de enterársele..."

Para las Reales Ordenanzas el problema básico de la moral del soldado es el imprescindible acuerdo sobre qué ha de serle enseñado, o mejor dicho, mostrado para que se entere. El fracaso del método llega si el soldado puede alegar ignorancia que le exime del cumplimiento de sus obligaciones. El ámbito -- donde vive el soldado es, muy claramente, un espacio en que to-

dos están enterados de lo mismo y nadie es ignorante respecto a lo que se espera de él. Nada se presenta como misterio, enigma o problema.

Los pensadores contemporáneos de Carlos III, -piénsese en Emmanuel Kant- se creyeron capaces de engendrar sistemas éticos más sublimes. A sus ojos, la ética militar, fundamentada en un planteamiento de pura pedagogía, es una ética de la autoridad que no deja lugar para las libertades, es una ética de la desigualdad que no permite la participación del subordinado y es una ética de la eficacia que no vigila la posibilidad del -- abuso. A su juicio, el mundo moderno tiene la obligación perentoria de crear sistemas de ética menos rudimentarios, más dignos y nada represivos y la de implantarlos en los ejércitos.

Estos pensadores olvidan que el principio originario de la ética militar es una voluntad de servicio más sobreentendida que justificada. Donde esta voluntad falta todo el edificio ético se tambalea. La ética militar existe porque el soldado tiene moral, no porque el jefe le obligue a que la tenga.

De aquí el intento, tantas veces fracasado, de invertir el sentido de la argumentación carlotercerista. En lugar de requerir al jefe para que sostenga la moral del soldado se le exige que engendre la moral del soldado como resultado del carácter autoritario de su personalidad. Pero el carácter del jefe no es el principio originario de la ética militar sino únicamente el correlato lógico de la inestabilidad de la moral del soldado. El jefe no hace morales los comportamientos del soldado en función de su capacidad para disciplinarles. Ha de hacer mejores sus conductas en función de su capacidad para dirigir-- les hacia metas nobles. Entre el joven que no se entera del contenido de las Reales Ordenanzas y el que se integra voluntariamente en él hay una diferencia de calidad de vida a favor de éste último. Pero si la voluntad de servir falla en ambos, todo resulta inútil. En la realidad social no encontraremos otra cosa que unas bandas armadas sin ética.

En el seno de las instituciones militares bien mandadas el soldado se entera, es decir, se hace hombre íntegro, entero, interior, que son distintas maneras de decir una misma cosa. El objetivo de la formación del soldado es actualizar, poner en acto, una posibilidad concreta de perfeccionamiento que se ha hecho posible únicamente porque el recluta trae esa voluntad de servicio. El jefe pone rumbo a lo que es una fuerza sin dirección, una fuerza apenas coordinada con la fuerza de los -- otros. La función de la jerarquía militar es, nada más y nada menos, que desvelar la finalidad de los esfuerzos y dictar la oportunidad de su empleo a unos hombres que por intuición consideran bueno su servicio.

Lo que en la vida militar se tiene por bueno y digno de ser realizado no es cualquier cosa, indicada arbitrariamente por un puñado de hombres ansiosos de ser obedecidos por otros, -- sino que es el fruto sabroso de las experiencias del pretérito en trances ya superados por la comunidad política que solemos -- llamar tradición. Como norma, es algo que viene traído desde -- atrás y que todavía no se ha desgastado o podrido en el camino.-- Es algo tan deseable que la simple renuncia a encarnarlo en la -- propia vida conducirá, seguramente, a un comportamiento que se-- rá tenido por traición, concepto que, no por azar, tiene la mis-- ma raíz que tradición.

La moral del soldado es esencialmente voluntad de -- servir. Y de servir junto a otros semejantes a él mismo en una línea tradicional. Se apoya en la reiteración gozosa de una bue-- na noticia, la noticia con que se le recibió en filas "para que se entere". El modo de ser al que se le invita es presentado co-- mo noble, como poco vulgar. Sólo será alcanzado si cada uno ha-- ce un esfuerzo personal. Pero ese esfuerzo personal lo están ha-- ciendo otros como él. Si se deja dirigir en la línea del impera-- tivo de la tradición merecerá el título de soldado. Y la socie-- dad en pleno llamará ilustre soldado al hombre que, por elevada que sea su graduación, se haya atendido a esa norma de conducta, intuitivamente valorada por la comunidad como excelente.

La moral del soldado, como cualquier moral, puede es-- tar en cada momento alta o baja, ser buena o mala para determi-- nado objeto, o sufrir ganancias o pérdidas. Frente a estas posi-- bles alternativas de la moral, los hombres de acción no discu-- ten sobre la inmutabilidad, permanencia o eternidad de los prin-- cipios que la inspiran o sostienen. Sólo miden lo que va quedand-- o de voluntad de seguir sirviendo solidariamente en los ejérci-- tos. Ser jefe de carácter, sencillamente, es ser capaz de pre-- sentar una finalidad en la que la voluntad de servir crezca en todos los soldados.

El hombre culto de la modernidad gusta permanecer, -- bien custodiando los principios ya formulados, bien implantando unos principios nuevos aparentemente superiores a aquellos. La humilde grandeza del soldado, únicamente atento a seguir en acti-- tud de servicio, no le dice nada. El hombre culto de nuestro -- tiempo se divierte discutiendo sobre cuestiones de principios.-- Se siente feliz cuando un intelectual decreta la defunción de -- un principio viejo y firma el acta de nacimiento de otro nuevo. El hombre culto de hoy se goza en los rebasamientos de lo tradi-- cional y en las irrupciones de lo insospechado porque es una ex-- periencia que le rejuvenece. Así fué la vivencia de Eva en el -- paraíso cuando el diablo, en forma de serpiente le insinuó la --

posibilidad de convertirse en una diosa y Adán en un dios, al precio mínimo de una desobediencia, es decir, del abandono de la voluntad de servir.

La voluntad de servir, como principio originario de la moral del soldado, no debe identificarse con la voluntad de vencer en que se convierte en el momento mismo en que irrumpe en la escena un enemigo declarado. La voluntad de servir no se orienta hacia la guerra si no hace la convivencia en paz. Es -- una voluntad de permanencia en estado de defensa. Aunque no se convierta en voluntad de vencer tiene elementos suficientes para demandar lógicamente la existencia de jefes de carácter.

LA MORAL DEL SOLDADO, ETICA DE LA SOLIDARIDAD.

Al asomarse a una organización militar el sociólogo trata de conocer cuales son, allí y ahora, las convicciones morales, la actitud ética ante la vida tanto del soldado en filas como del militar en carrera. Descubre que desde el comienzo de su vida militar uno y otro han de ser enterados de unas pocas -- cosas fáciles de comprender, --que la vida merece vivirse, que -- antes que autosatisfacción es entrega, que antes que conquista es donación, que antes que aprovechamiento de valores es rendimiento de servicios al prójimo, etc...Y concluirá que en esa organización hay moral.

La moral del soldado no busca la victoria en una batalla de las ideas. Cuando llega una dificultad no se resuelve el trance con el regreso a unos principios sino con la acción -- conjunta o la operación combinada que saca consecuencias desde los principios. Se actúa, no se sienta sobre el principio, sino -- lanzado desde los principios. La moral del soldado está presta para la condena de las discusiones teóricas. El soldado y el militar exclaman cada día lo que dejara dicho el tratadista alemán Verdy de Vernois "¡Al diablo, la historia y los principios! Aquí ¿de qué se trata?".

La vigencia de la moral solidaria del soldado se hace patente desde el momento en que al "nom serviam" del todavía Angel Luzbel se opone el "hágase en mí según tu palabra" de la esclava del Señor. Se hace sociológicamente válida cuando la comunidad política invita al servicio arriesgado y honra a los -- que se dejan la vida en actos de servicio. Las comunidades alegres y confiadas lejos de hacer esta invitación suelen exclamar un "sálvese quien pueda", que ahoga el deseo de ser objeto de -- honra tan natural en el soldado como en el militar.

La vigencia sine die de la moral del soldado está -- vinculada a la aceptación por unos pocos, -los llamados a man-- dar- de la responsabilidad por el acierto en las decisiones. No es fácil la transición entre la ética de la "solidaridad", esen- cia de la moral del soldado y la ética de la "responsabilidad", esencia del carácter del jefe. La moral del soldado es el prin- cipio originario de la ética militar. El carácter del jefe es - el correlato lógico para la definición misma de la disciplina - como solidaridad en la acción para el cumplimiento de una fina- lidad común. En la síntesis de solidaridad y responsabilidad se perfila el ideal de la competencia como causa final de esta éti- ca.

La responsabilidad de mandar bien a quienes sirven - no les viene dada a los jefes militares por naturaleza sino por vocación. Es inherente a la condición de jefe el sentimiento -- permanente de tener que sufrir un juicio de responsabilidad por parte de quien otorga el título para la legitimación de una je- fatura. La ética de la personalidad sobresaliente (o carácter - del jefe) es una ética de la responsabilidad y en cuanto tal no es inmanente en relación con los resultados (moral del éxito) si no trascendente en relación con los principios (moral del deber). El jefe responde ante otro ser viviente de la eticidad de sus - mandatos. Por una sutil sustitución idealista de este ser vi--- viente ante el que se responde, se habla de responder ante la - historia o ante la conciencia y no ante una persona.

La respuesta del militar de carrera ante el imperati- vo de su vocación de jefe no es, -no debe ser- consecuencia so- ciológica de lo que Adorno llama personalidad autoritaria, ni - resultado psicológico de la anatomía de la destructividad tal co- mo la ha descrito Eric Fromm. Mucho menos respuesta demoníaca - a la voluntad de poder dibujada por Nietzsche o a la miserable erótica del mando de los escritos de Marcuse. Está mucho más -- cerca de la ética Kantiana del deber. Queda totalmente instala- da sobre los tres grados ignacianos de obediencia. Es el corre- lato lógico de una realidad que le precede en el tiempo y que - le supera en dignidad; -la voluntad de servicio de un amplio -- grupo de seres humanos--.

La respuesta ética del jefe a su vocación específica de mando debe dejar patente la primacía de la misión recibida - sobre el privilegio anhelado y de la voluntad de servir sobre -- el apetito de mandar. En definitiva, el jefe inicia su mandato con el gesto de hacerse solidario con la suerte y con los idea- les de los hombres que quedan a sus órdenes. El jefe tiene la -- obligación de conducir hacia un fin justo los servicios y los - sacrificios del puñado de hombres buenos que se ponen detrás de

él. Lo que llamamos ética de la profesión militar es exactamente el esfuerzo ético que el jefe debe hacer para ponerse a la altura de sus hombres y un paso por delante de ellos.

Cuando decimos, con Gaston Courtois en El secreto del mando, que "mandar es servir" no hacemos sino reconocer que hasta el primer comportamiento del jefe en cuanto tal es un acto de servicio. El jefe se autodefine como servidor de sus hombres del mismo modo que el pontífice cristiano se proclama siervo de los siervos de Dios. Pero el servicio del jefe incorpora una originalidad que falta en el servicio del soldado. El jefe origina acciones concretas dirigidas a fines sobre cuya moralidad el soldado no puede responder y el jefe está obligado a hacerlo. De aquí la necesidad de cuidar con esmero de la personalidad moral, de la calidad ética del jefe militar que tradicionalmente han sentido todas las culturas y todas las religiones.

EL CARACTER DEL JEFE, ETICA DE LA RESPONSABILIDAD.

El jefe militar, al contrario que el soldado, tiene la obligación de estar abierto a la resolución acertada de problema que no se resuelven sólo con la buena voluntad del soldado, es decir, con la voluntad de servir. El no puede conformarse con obedecer. Su responsabilidad de jefe le viene precisamente de que está autorizado para extralimitarse en el ejercicio de sus obligaciones y reconocido para adelantarse con su voluntad al ámbito de lo que es debido. En toda acción de mando hay una laguna que llenar, un vacío que colmar y no simplemente la precisión de un cumplimiento. El arte de buen mandar es un quehacer aventurado. No tiene sólo letra. Anuncia un espíritu con el que escribir nuevas letras a su discurso. La música del arte de buen mandar no se contenta con lo preciso de un deber.

Decía Aranguren en su Ética que "la naturaleza, el hábito y la situación cercan triplemente nuestra libertad actual"... y añadía: "el hábito es verdad que quita la libertad actual pero también la da, gracias a la fijación mecánica de una parte de la vida, a la creación de una serie de automatismos, puede el hombre quedar disponible y libre para lo realmente importante".

Nos lo decía el catedrático español, seguramente, con la mente puesta en la formación clásica del militar que se prepara para el ejercicio del mando, pero la cita le conviene plenamente. La conducta ideal del jefe, con su doble contenido de hábitos tradicionales (que no engendran problemas) y de decision

nes ineludibles, (que son en sí mismas problemáticas) separa lo frecuente (habitual) de lo importante (decisivo). El amor a la responsabilidad, secularmente fiel a la aceptación de normas habituales, se propone dejar la mente disponible y libre para lo realmente importante. Brota sobre el supuesto de que se ha fijado mecánicamente una parte de la vida colectiva en la que se -- sostiene, sin problemas, la moral del soldado. Pero desemboca -- en una decisión para la que se requiere carácter, valor y compromiso personal.

El militar de vocación no contempla sus Ethos, -su carácter o personalidad moral- como si de un capricho de la naturaleza se tratara, -por ejemplo, la disponibilidad de un temperamento belicóso-. Tampoco debe contemplarlo como un modo de ser sometido al viento de las cambiantes situaciones. La ética del jefe militar se deforma tanto al caer en brazos del naturalismo instintivo de los románticos como en brazos del utilitarismo situacional de los pragmáticos. Debe contemplarse como algo racional y justo, es decir, razonablemente ajustado a un deber de actuar y de hacer actuar. Sin producir sorpresa grande en -- quien obedece en las circunstancias normales; pero sin dar explicaciones detalladas en las difíciles.

Tanto en paz como en guerra las Reales Ordenanzas piden igual puntualidad y desvelo que si estuviera cara al enemigo. Tanto en paz como en guerra hay que servir a la comunidad y sacrificarse por ella. Los imperativos de la ética militar en guerra no son substancialmente distintos de los del hombre de -- bien en paz. Se nutren de hábitos y de imitaciones que no se hacen depender de la situación de paz o guerra.

El modo militar de ser no se define por la obediencia del débil al fuerte ni por la sujeción del inferior al superior sino por la solidaridad en la acción para el cumplimiento de una finalidad compartida por toda la escala de autoridad, que se concreta en la decisión del que manda. La decisión opera como un instrumento orientador entre el principio originario de la ética militar (la moral del soldado) y la causa final de esa misma ética (la competencia de las unidades), convertida en ética de la eficacia.

Lo que en los monumentos conmemorativos de las plazas públicas se celebra no es nunca el homenaje a la obediencia del soldado al jefe ni el reconocimiento de la grandeza de una pasión de mando. Es, en la mayoría de los casos, el hecho de la inmolación de la vida a un ideal colectivo, ofrecida en su día sin aparato externo de publicidad, anónimamente quizás.

La ética del jefe no aparece en los tratados de moral militar como una especie distinta de la moral del soldado, sino como su quinta esencia. Las exigencias éticas son idénticas y simultáneas en mandos y subordinados. Lo único distinto es el grado de responsabilidad. El militar de carrera busca la disponibilidad para lo más importante todavía, está a la espera de la iniciativa audaz y de la improvisación genial que ha de conducir a todos a la victoria o a la muerte digna. Es, la suya en definitiva, una pedagogía del heroísmo que emerge del seno de una pedagogía de la obediencia.

Pero junto a esta noble pretensión tenemos que admitir la posibilidad y el triste coronamiento, en ocasiones, de momentos en los que los ejércitos han mostrado una mala condición ética. La crónica negra de los ejércitos desmandados con tropas amotinadas puede ser escrita de nuevo; pero todo el mundo sabe que para salir de estas indeseables situaciones nada puede ofrecer mejores resultados que la irrupción de un verdadero jefe capaz de volverles a la disciplina.

Los reglamentos de todas las armas, -y muy particularmente los del arma más necesitada de la moral de sus miembros, la infantería han percibido con lucidez el contenido inestable de la moral del soldado en filas y han recomendado, con tradicional empeño, la obligación que el jefe tiene de recuperar inmediatamente la moral perdida. Y es que la moral del soldado, principio originario de la ética militar, -valor ante el peligro de perecer, espíritu solidario de disciplina y obediencia, capacidad de sufrimiento- no renace en las unidades que la pierden con la espontaneidad de los instintos sino tras la racionalidad de las órdenes procedentes de jefes educados en el culto a la tradición militar de las Reales Ordenanzas, que llamamos jefes de prestigio.

EL IDEAL DE LA COMPETENCIA, ETICA DE LA EFICACIA.

La responsabilidad, para ser exigida con justicia, tiene que seguirse del hecho mismo de la realidad del poder. -- Del estado de la moral del soldado no responde el jefe que quiere sino el jefe que puede.

El jefe de carácter en la milicia quiere responder porque puede mandar. Lo suyo, como escribió Ortega, es dar qué hacer a la gente e impedir su extravagancia. El quehacer de la gente de armas es, en todo caso, ocuparse de la seguridad de la

comunidad política en su conjunto, mientras se ejerce el mando.

El buen ejemplo del jefe -recurso clásico de la pedagogía militar para los trances difíciles- puede ser insuficiente para la resolución efectiva de estos trances, cuando en la atmósfera de los ejércitos o en la vida social se ha debilitado la conciencia de inseguridad. Los excesos colectivos de confianza crean coyunturas en las que cada uno cuida sólo de sí mismo y de sus cosas.

El ave fénix de la moral del soldado sólo renace de sus cenizas cuando las agita la mano firme de un jefe de carácter que va más allá de su ejemplo personal e impone su autoridad al conjunto haciéndoles ver a todos que el peligro existe y ayudándoles a comprender que él está capacitado para sortearlo.

El mal ejemplo del jefe, causa de los más vergonzosos desmanes de la tropa, suele propiciar en la sociedad un particular repudio que inmediatamente desemboca en la concentración sobre aquel mal jefe de la responsabilidad por todos los males. Y es que nunca existe mayor conciencia de inseguridad en una comunidad política que cuando se sospecha fundamentalmente que los jefes militares carecen de carácter para mandar o de competencia para dirigir.

Este es el modo como, tanto el ciclo de la moral solidaria del soldado como el ciclo de la conciencia de inseguridad de la comunidad política a la que los ejércitos sirven, se cruzan y compenetran con la estructura responsable y permanente de la ética o carácter del jefe:

a/.- El militar de vocación, responsable por esencia, tiene la obligación de percibir con antelación como inestable - el grado de seguridad de su comunidad política y de señalar el riesgo de los excesos de confianza. En una sociedad bien formada, la moral del soldado aparece protegida por el amor a la responsabilidad del cuadro de mandos de los ejércitos.

El repudio social a la voz de alerta del centinela avanzado, que es el militar responsable, es la triste característica de las ciudades alegres y confiadas que duermen sobre lejanos laureles. A esta ciudad le ocurre que la evidencia de la vigilia de sus centinelas aún hace más profundo su sueño.

b/.- En estos trances, la defensa queda absolutamente encomendada al binomio constituido por la moral del soldado y el carácter del jefe. La ruptura de este binomio, sea por la insidia del enemigo declarado, sea por la ligereza del ciudadano distraído, es el preámbulo de la derrota. Para conjurar el -

peligro nada hay más eficiente que la atención prioritaria al -- carácter del jefe como medio para la recuperación de la moral -- del soldado.

Decía Jorge Vigón: "El carácter, verdadera distin--- ción moral del hombre, es cualidad primordial del militar, sin el cual se está incapacitado para mandar y se corren gravísimos riesgos porque nada hay más cierto que, en general, la insubor--- dinación y la indisciplina de los que debieran obedecer, tiene por causa la falta de carácter de los que tienen la obligación de mandar".

c/.- La responsabilidad de mandar en los ejércitos -- aparece tradicionalmente exigida por unos principios éticos que, por una parte apuntan a la obtención de unos resultados, --ética de la eficacia, y por otra a la íntima satisfacción del deber -- cumplido, --ética de la responsabilidad-. Y es la competencia del mando la condición que hace posible la articulación de eficacia y responsabilidad en una misma acción.

Es la aceptación voluntaria de una responsabilidad y la competencia para responder de la conducta de otros, lo que -- en los ejércitos hace posible la bondad del resultado, la victo--- ria sobre el enemigo. Por eso, en la descripción de la vida inte--- rior de los ejércitos victoriosos ocupa una posición sobresa--- liente la competencia del jefe que los manda.

d/.- La ética militar se forja como una ética que no desdeña pedir responsabilidades a un hombre sólo, aún a sabien--- das de que lo justo sería repartirlas (o compartirlas) entre -- los que han participado en la toma de las decisiones. Es una -- ética que penetra en la naturaleza del poder del hombre sobre el hombre y que saca consecuencias lógicas de la perspectiva de mo--- rir en el empeño que al dato de la obediencia puede acompañar.-- Es una ética que fomenta el cultivo de las virtudes activas y -- creadoras antes que la atención a la resignación o a la pacien--- cia. Es, finalmente, una ética que prefiere la construcción or--- denada de unos deberes concretos al canto romántico al sentido abstracto del deber.

En el ámbito de la ética militar se tiende a vaciar sobre el jefe, o mejor dicho, sobre la falta de carácter del je--- fe incompetente, la responsabilidad por el abandono o el fracaso de los que debieran obedecer. La dialéctica civil de las res--- ponsabilidades por un desastre militar siempre concentra sus -- iras sobre un hombre sólo en acusado contraste con la búsqueda compleja de causas intransferibles a las personas que se sigue de un tremendo error de gobierno. Del error militar nadie se -- exime alegando buena voluntad. Para la opinión pública de los --

pueblos civilizados en guerra no hay alternativa a la paz conquistada por las armas.

e/.- Y así, en la sociedad moderna, -sobre todo en las ocasiones en que una nación ha entrado en crisis de legitimidad- es frecuente el recurso a la persona de un jefe militar con la esperanza de que su amor a la responsabilidad le conducirá en derechura, primero a la aceptación del cargo y después a su presentación como único responsable de todo, si las cosas finalmente se tuercen.

En justa correspondencia con tal alta exigencia de eficacia y competencia parece lógico que el prestigioso militar sobre el que se concentran las miradas en las horas críticas de una nación en peligro reclame y obtenga poderes suficientes para disponer, sin cortapisas legales, de las voluntades de los hombres acogidos a su autoridad.

_____·_____·_____·_____·_____

La vigencia del espíritu que transfiere los criterios de la ética militar a la vida política ha sido grande en la historia contemporánea de España. Y no ha sido ajeno a ello la conciencia cristiana de unas gentes que estaban acostumbradas a ver en los gestos audaces de aceptación de una grave responsabilidad la voluntad de lo alto, cuando no la versión secularizada de un mesianismo.

En fecha muy próxima a lo que Sánchez Agesta ha llamado "orígenes del constitucionalismo" se dió un hecho muy expresivo de la conexión lógica entre plena responsabilidad y mando absoluto que tan fácilmente prende en el pueblo español.

El hecho fue protagonizado por el gran tribuno, toda vía liberal, D. Juan Donoso Cortés, al pronunciar el Discurso sobre la situación de España el 30 de Diciembre de 1850 a los dos años largos del espectacular éxito del General Narváez en el freno a la Revolución de 1848:

"Yo vengo, -le dice Donoso a Narváez- ahora, a medir tu responsabilidad por tu omnipotencia. Puesto que lo puedes todo, respóndeme de todo".

La mente profética del vigoroso extremeño, exagerando sin duda y simplificando en exceso, ponía al general de los moderados en el trance de sufrir en solitario un anticipado juicio universal de responsabilidad al que nadie en nuestra histo-

ria ha sabido convocar a políticos de condición civil, por graves que fueran las consecuencias de sus errores.

LA REALIDAD DEL PODER Y LA PERSPECTIVA DE LA MUERTE.

Las circunstancias sobre las que se constituye la vida militar como hipótesis, -la guerra sin límites- entrañan necesariamente la irrupción de las dos nociones graves que el creyente asocia a la divinidad, el poder y la muerte. Tras la obediencia de órdenes cuyo cumplimiento puede suponer la pérdida de la vida aparece nítida la perspectiva de lo sagrado. O por decirlo religiosamente, la imagen del Todopoderoso, Juez de vivos y muertos que en la contemplación cristiana de la existencia se vincula a la imagen del Crucificado o, más exactamente aún, al Ecce Homo que Pilatos presentó a la multitud como causa de todos los males.

En definitiva, lo que se condena en los juicios de responsabilidades no es la mala fortuna del general derrotado sino el resentimiento social por el fallo de una esperanza desmedida anterior, -o de la confianza ingenua en la competencia de un jefe carismático. La creencia desaforada en el ideal de la competencia suele producir en la historia de los pueblos angustiados y sin voluntad de servir la inmediata conversión del héroe, aclamado un Domingo de Ramos, en reo de muerte ignominiosa un Viernes Santo inmediato.

La mentalidad secularizada del hombre moderno es mucho menos profunda que la del cristiano medieval o que la del pagano helénico; pero sigue atenta a la reaparición de lo "Sagrado". Cree, en general, que debe evadirse del drama que pone en íntima conexión la realidad del poder y la perspectiva de la muerte con el sencillo expediente de poner libertad donde hubo poder y vida donde se pensaba en la muerte.

Se quiere que toda autoridad militar someta sus actos a la voluntad general y que sus titulares resulten frecuentes víctimas de sucesivos relevos. Se pretende que la muerte del soldado venga a ser contemplada como algo accidental y de origen turbio de ninguna manera inserto en la decisión del que manda. La mentalidad del hombre moderno identifica con el mal tanto al poder como a la muerte y, de rechazo, identifica a la libertad y a la vida con el bien. La constante predicación del amor libre, dialécticamente asociada con la condena de la forzosidad del servicio militar, expresa con particular precisión la tendencia más activa del espíritu de la modernidad.

No obstante, hoy, el tema del poder y de la muerte sigue substancialmente cargado de resonancias profundas. Es el lugar donde la existencia del hombre se hace extremadamente -- próxima a la condición del soldado y al modo de ser del mili-- tar. El carácter del jefe, la personalidad moral del militar -- profesional, históricamente, se ha configurado en función de -- la realidad del poder y de la perspectiva, no menos real, de -- la muerte en acto de servicio del soldado o militar.

La vida militar se constituye al borde del poder y de la muerte. La radicalización del democratismo, que llamamos "anarquismo utópico" y la radicalización del pacifismo que, pa -- ra entendernos, llamamos "paraisismo terrenal", no tienen nada efectivo que decirle a los miembros de las instituciones mili-- tares porque ignoran algo que en la vida militar siempre está patente.

El sistema ético adecuado al ejercicio del mando na -- ció y creció con la pretensión, no siempre satisfecha, de que las relaciones de mando y obediencia queden reguladas por un -- sistema de normas, abierto, público, conocido de antemano por mandos y subordinados. Sólo hay lugar para una ética que legi-- time el derecho a mandar si se sospecha que cabe tanto el uso legítimo del poder como al abuso ilegítimo de la autoridad.

La ética del mando, a cuya sombra se forja el carác -- ter del jefe militar, es la consecuencia de la voluntad de de -- jar clara la moralidad del hombre llamado a mandar. En el ejer -- cicio del mando se da la exigencia de una distinción entre el bien y el mal. El ser humano que manda bien, va siendo cada -- día objetivamente mejor y el que abusa del mando --o no hace -- uso adecuado de su poder--, se degrada. La entrada en escena -- del acto de someter a otros a obediencia en un trance donde -- existe el peligro de perecer no determina por sí mismo el sig -- no de la moralidad de las órdenes, pero hace extremadamente se -- ria la función de mandar.

La visión realista de las cosas, es decir, la que -- reconoce como utópica una realidad social en la que nadie man -- de y donde no se muera, ha de tomar conciencia del deber de mo -- ralizar, sobre todo, las esferas de actividad en las que la ne -- cesidad de que alguien mande y la posibilidad de que alguien -- muera sean objetivamente grandes. En esta visión realista se -- engendraron tanto el derecho de gentes como la declaración de los derechos del hombre.

Desde el coherente planteamiento racionalista de -- Kant la única justificación posible de la subordinación de unos

hombres a la voluntad de otro quedó centrada sobre el sentido abstracto del deber cuyo conocimiento se alcanza desde la conciencia individual del hombre honesto. La ética del poder y de la muerte ha dejado de estar constituida sobre el desarrollo - de unas obligaciones naturales, es decir, emergentes de la naturaleza de las cosas o ley natural. Se quiere que la moralidad brote del alma de los hombres cultos, de los hombres de buena voluntad o de cualquier hombre dispuesto a regirse por los dictados de su conciencia, espíritu y honor.

No era éste el camino señalado por Tomás de Aquino, que siempre estuvo atento a que se reservara a Dios el arbitrio sobre la bondad o malicia de los actos humanos, en luminosa mezcla - de razón y revelación y decidido a que se encomendara a los -- hombres selectos la formulación de un esquema de virtudes instrumentales abierto al conocimiento de las virtudes fundamentales o teologales.

El esquema didáctico del tomismo contemplaba cuatro grupos de virtudes humanas abiertas a lo transcendente. La prudencia sirve para la determinación racional del bien, la justicia para la fijación de lo adecuado al bien de todos, la fortaleza para la superación de la fatiga en el esfuerzo moral y la templanza para la moderación de las exageraciones totalizantes de un aspecto de lo virtuoso. Y es de este esquema de donde todavía se alimentan los sistemas de valores de los ejércitos de Occidente.

El actual despegue militar del modelo tomista de -- virtudes instrumentales y su aproximación creciente al modelo kantiano de la ética del deber abstracto está alentado por el doble afán, por parte humanista, de dotar a los sectores de vida social de una normativa autónoma respecto a los datos de la revelación cristiana y por parte religiosa, de dotar al alma humana de una sensibilidad exclusivamente atendida al misterio cristiano de la Pasión y de la Muerte de Cristo. La zona de -- convergencia ético-religiosa, que se había logrado cultivar en torno a la imagen cristiana de Jesús como Señor y como Maestro, se está quedando desierta. Consecuentemente, la reflexión moderna destaca en la ética militar los elementos temporales incompatibles con el Evangelio y en la religiosidad cristiana -- los elementos gratuitos y delicados más incompatibles con el - ejercicio del poder

UNA ETICA DE DEBERES CONCRETOS.

La ética del poder, en cuanto sistema de virtudes en condiciones de generar el hombre de carácter capaz de asumir el mando de las unidades armadas, ha sufrido un giro copernicano.- Hoy no se legitima, en principio, como quería Max Weber, ni por la costumbre de obedecer del sector más numeroso de la comunidad, -autoridad tradicional- ni por la personalidad sobresaliente del conductor de las gentes en riesgo de perecer, -autoridad carismática- sino por la ley que la sociedad se da a sí misma, -tras consensuar una solución entre todas las posibles. Este giro copernicano ha sorprendido a los ejércitos en la estela de un comportamiento que comprendía a los tres modos de legitimar el mando, -el tradicional, el carismático y el racional-, como alternativos.

No es que la ética militar se apartara instintivamente del movimiento racionalista, legalista y burocratizador que presidió el pensamiento de los ilustrados enciclopedistas para -subsumirse en la personalista, teatral y apasionada reacción de los héroes románticos. La ética militar se impregnó de los principios de la modernidad ya en los días de Federico de Prusia y, desde luego, permaneció en ellos sobre la estela de los mariscales de Napoleón.

La ética del deber en abstracto, -no la ética de las virtudes concretas de prudencia, justicia, fortaleza y templanza- como legitimación de la obediencia ciega, sea al rey de Prusia o al Emperador de los franceses, se concilió, prontamente, con la concepción individualista del honor pagano. Pero produjo una eclosión de potencialidad militar sin precedentes. Con la --ética del deber abstracto en las mochilas se arrasaron los campos de Europa en una medida insospechada para el creador, del -gran programa de paz perpetua que en el siglo XVIII había formulado, antes que Kant, el francés, Saint Simon.

Con la ética del deber abstracto los ejércitos de la modernidad lograron un cortocircuito entre la ética de la solidaridad revolucionaria, -mito de la nación en armas- y la ética de la eficacia ilustrada, -mito de la autonomía del hombre-, --que eludía el viejo planteamiento de la ética cristiana de la --responsabilidad. En este cortocircuito brotaron como chispas, --oleadas de duelos, suicidios y gestos arrogantes de contenido -estéril y esterilizante por parte de los jóvenes oficiales de --los primeros ejércitos del mundo. Sólo una reciente reconsiderara

ción del fenómeno civilizador ha llegado a mirar con envidia el sistema ético de obligaciones concretas y de responsabilidades bien medidas que tenía formulado el espíritu tradicional. Por eso ha tendido a reconstruirlo sobre nuevas bases.

La ética contemporánea del mando no se resume en ética de la eficacia sin responsabilidad, -moral del éxito- ni se reduce a insensata potenciación de la solidaridad de las bases sociales, -moral de la mayoría-. Vuelve los ojos al tema de -- las responsabilidades y pone todo su cuidado en la regulación de las relaciones de mando, sea por la ley escrita (obediencia), sea por la adhesión personal (fidelidad), sea por el **compromiso recíproco** (lealtad). Algo desasistida de los remedios históricamente acreditados para los lances dudosos, -la lealtad personal y la fidelidad a los principios, -ha coronado un notable esfuerzo para corregir los desajustes perturbadores del honor laico, por irresponsable- y del deber abstracto, por ingobernable. Su recelo al complejo ideológico deducido del puro liberalismo y del socialismo libertario le ha conducido a la demanda de órdenes concretas, de personalización en las relaciones de poder y de espiritualización de los fines, que hoy se ha generalizado en Occidente.

Al mencionado recelo se refería un militar ilustrado francés, más tocado de positivismo que del habitual romanticismo de sus compañeros de armas, Lyautey:

"No concibo el mando sino bajo la forma directa y -- personal, de la presencia in situ, de las rondas incesantes, de la realización mediante el diálogo, la seducción personal, la -- transmisión visual y oral de la fe, del entusiasmo".

No se le ocultaba al inteligente mariscal de Francia en los primeros años del siglo XX que, al expresarse en estos -- términos, abría un gran abismo respecto a la concepción del poder inaugurada por Juan Jacobo Rousseau. Pero Lyautey no hablaba en nombre propio. Venía impulsado por la experiencia de cuantos militares habían asumido, más de una vez, la responsabilidad de hacerse obedecer por las gentes sencillas convocadas por la ley del servicio militar universal, general y obligatorio para la salvación de su república.

Rousseau había escrito:

"Un pueblo libre obedece las leyes, pero sólo éstas, y precisamente por la fuerza de ellas, no obedece a los hombres".

En la estela intelectual del democratismo rousseau-- niano André Maurois, un fino escritor de este siglo, expresaba --

así en sus famosos Diálogos sobre el Mando o diálogo entre el filósofo y el teniente lo que contenía de digno el gesto del saludo militar, precisamente por impersonal. Decía el teniente:

"Cuando me cuadro delante de mi coronel no junto mis talones delante de un hombre, sino delante de un principio de autoridad que juzgo útil y respetable y sin el cual las sociedades humanas, tutoras de nuestra preciosa libertad, jamás habrían existido".

La respuesta del teniente no le gustaba poco ni mucho al español Jorge Vigón, que no entendía por qué un militar eludía la subordinación personal al coronel que tenía derecho a ser obedecido.

Y tenía razón Vigón al señalar la incongruencia del teniente. Porque el jefe militar de todos los tiempos, -también el de los tiempos modernos- no aparece ante sus hombres como resultado de un sorteo entre iguales ni como herencia vitalicia - de un derecho a sobresalir. Es el correlato lógico de una aceptación de responsabilidad que recae en la persona tan competente para el mando como con títulos legales para imponer su voluntad sobre los hombres que le han sido encomendados. El hecho de asumir en solitario una responsabilidad y de suponerle, con fundamento, una competencia es razón más que suficiente para que merezca el saludo personal de sus subordinados.

Mandar, para un militar con experiencia, es una realidad más concreta y efectiva que conducir operaciones desde un observatorio distante o dirigir las vicisitudes de una guerra - desde la capital de la nación. Mandar es mantener, con un rosario de subordinados directos, el contacto codo a codo, en circunstancias en que lo sorprendente y lo imprevisto requieren decisiones ajustadas a la situación. Gallifet, irónicamente lo dejó dicho:

"Prefiero ser cabo y mandar a cuatro hombres que presidente de la República y no gobernar a nadie".

No hace falta llegar a la exageración de Quinton...- "el mando es fácil durante la guerra, porque en ellas sólo se manda a santos; ni a la simplificación de Freud..." en la desgracia, en la enfermedad, en la depresión física y moral, en el marasmo o la catástrofe, experimentamos la necesidad del jefe" para concluir con el moralista Marsal:

"Hay la autoridad que emplea su poder y su pericia -- para subordinarse en cierto sentido a quienes les están sometidos y que uniendo a la suerte de éstos la suya propia, tiende --

junto a ellos a un fin común. Es la autoridad que llamaremos liberadora".

El mando, entendido de manera gráfica por Ortega, --impedir la extravagancia de la gente- de manera abstracta por Kant, -el respeto a una persona no es en realidad sino acatamiento a la ley- y de manera recelosa por Rousseau, -un pueblo libre, por la fuerza de las leyes, no obedece a los hombres- si que siendo una realidad social tan presente hoy como antaño. El mando militar, inevitablemente, marca un estilo en la relación de hombre a hombre que personaliza a ambos. La nominación personal del acto de obedecer es un dato de la realidad militar, un hecho irrefutable y una exigencia misma de la efectividad de --los ejércitos. La personalización, no del derecho a mandar, sino del acto de mando mismo conduce a la responsabilidad personal e intransferible del jefe de carácter. Y en el cuidado de -la ética de la responsabilidad es donde los ejércitos funden su doble deber de mantener alta la moral del soldado y de sostener vivo el ideal de la competencia.

Queda, pues, por descubrir si tal réplica a una si--tuación, -la fijación de unos principios éticos- hace o no posible la apertura del soldado (o militar) al ámbito de la religiosidad cristiana. Pero este tema deberá ser objeto de un ensayo diferente.